

Cuaderno de las Estaciones II

Alejandro Méndez Amunátegui

AAE

Santiago, 1996, 28 páginas AAE - 4682

Alejandro Méndez es un poeta notable. Su trayectoria es singular: comienza a publicar a los sesenta y seis años y ha vivido completamente al margen de los circuitos de escritores. Antes de Cuaderno de las estaciones II habían aparecido *Aguilas* (1986) y *Aguilas II* (1988). En total no suman más de cincuenta poemas y no es extraño, dados los cortos tirajes y el silencio en que esos libros han sido presentados.

Sin embargo en poesía la exigüidad nunca es un desmérito. En el caso de Méndez, esa brevedad es parte de un rigor extremo y sorprendente: ninguno de sus poemas está de más, ninguna palabra, ninguna línea, constituyéndose en el testimonio de una experiencia que ha llegado a su máxima síntesis y potencia poética. Rilke en su Carta a un joven poeta, afirmaba exactamente eso: que los poemas no son sentimientos sino experiencias, y que es preciso haber vivido una larga vida para sólo escribir algunas líneas que sean verdaderas.

Sus libros mantienen así un sentido de la finura, de la lucidez y del matiz que alcanza a menudo el instante absoluto (perseguido, añorado, buscado en poe-

sía) de la revelación. Son poemas que se ven. En ellos el paisaje es el correlato de emociones que sin él serían difícilmente expresables y donde los matices se abren paso en una especie de temblor apenas perceptible haciendo patente la urgencia, la tensión extrema de lo que se siente.

Un ejemplo magnífico es el *Pienso en sábado* (Saint Thomas), donde esa tensión va surgiendo de una voz en apariencia menor. Como en los mejores poemas, el énfasis no está en las palabras, sino en el tono: «Pienso en sábado/ como en la rosa de Salerno/ deshojada/ En el manco de Lepanto/ pienso/ En un café en la Martinica/ un cigarro en la tarde de/ Saint Thomas/ y porque aún es sábado/ vuelvo la mirada al mar».

Esta poesía carece del defecto del exhibicionismo y, sin embargo, está arrasada por un sentimiento de irreprimible nostalgia que emana de la extrañeza ante lo inconmensurable. Esa extrañeza del cosmos se hace presente a través de la alusión a movimientos ínfimos, a pequeños cambios de matices que de pronto, como en el poema *Señales*, nos muestra una

totalidad fulgurante: «Eres como un reflejo lejano/ (el barco que pasa por la noche/ y de pronto ya no está)/ (...) y en algún lugar de la memoria/ la perdemos/ como aquellos pájaros que vuelan/ contra el sol/ cuando el fulgor nos ciega/ y los perdemos». El permanente encuentro de la visión inmediata, real, concreta (como se dan en la buena poesía), con el vislumbre de lo trascendente, hace que Alejandro Méndez sea uno de los pocos poetas que ha recogido en este tiempo la enseñanza de San Juan de la Cruz.

Porque salvo esa maravillosa excepción, más que en las fuentes hispánicas o en la poesía latinoamericana, la línea de estos poemas se encuentra en la poesía anglosajona. La precisión de la lengua inglesa está traspasada al castellano otorgándole un temple muy poco frecuente en la poesía de nuestro idioma.

La lección de los versos de Alejandro Méndez nos habla también de una pureza ética, de algo incorruptible que anida en el fondo de sus poemas y que podría llegar a desmentirnos de cierto mundanismo típico.

Raúl Zurita

La Prensa, sept., Lúico, 7-IX-1997 p.1

Cuaderno de las estaciones 2 [artículo] Raúl Zurita.

Libros y documentos

AUTORÍA

Zurita, Raúl, 1950-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1997

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Cuaderno de las estaciones 2 [artículo] Raúl Zurita.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile